

El día que soñé con todos ellos

Xavier Dueñas



Nota del autor

Este relato no nació de una idea ni de un plan, sino de una quietud profunda. Surgió como surgen algunas verdades: sin avisar, pero con la fuerza serena de lo que no puede ignorarse.

Durante muchas noches, las imágenes llegaron sin ruido, como visitantes antiguos que reconocen el camino. No pedían nada. Solo se quedaban, latiendo en mí.

No busqué explicaciones. Elegí mirar. Elegí quedarme. Y cuando las palabras comenzaron a brotar, supe que no escribía para entender, sino para cuidar. Porque había sido tocado por algo que no quería convertir en olvido. Cada página fue una forma de gratitud. Cada frase, un intento de sostener lo recibido sin traicionarlo.

Este libro no ofrece respuestas. Apenas abre un espacio. Una posibilidad de mirar juntos eso que, aunque duele, también une. Gracias por entrar en él con tu presencia silenciosa.

Xavier Dueñas <https://xavierduenas.es>

Prólogo

Hay relatos que nos cuentan una historia. Otros que nos enseñan algo. Y están aquellos que simplemente nos acompañan. Este pertenece a esa última especie.

Aquí no hay argumento, ni desenlace, ni enseñanza cerrada. Lo que encontrarás son fragmentos de humanidad —a veces soñada, a veces recordada— que buscan ser escuchados sin prisa. Voces que no gritan. Imágenes que no imponen. Presencias que solo piden ser miradas con ternura.

Quizás alguna palabra te roce. Quizás alguna imagen se quede contigo más allá del libro. Si eso ocurre, no será casual. Porque estas páginas no quieren entretener ni conmover, quieren compartir un temblor. El temblor de quien ha mirado con los ojos del alma y no ha podido quedarse igual.

Ojalá, al leer, sientas que no estás solo. Que lo humano todavía puede reconocerse en el otro. Que aún hay lugar para lo que no necesita explicarse, solo sentirse.

El día que soñé con todos ellos

UMBRAL

Desperté, como cada mañana, con el cuerpo aún tibio de sueños que se disuelven en el instante en que los ojos se abren, y con la misma certidumbre silenciosa de siempre: que el mundo, pese a todo, seguiría girando. Afuera, la luz era apenas una caricia, un resplandor contenido que se deslizaba por las cortinas con la timidez de quien no quiere despertar del todo. El silencio de la casa tenía ese espesor denso, hondo, que solo conoce quien vive solo desde hace mucho tiempo.

Encendí la cafetera. Escuché el borboteo del agua como quien escucha una letanía familiar, y dejé que el aroma del café llenara la cocina, no por placer, sino por esa inercia tranquila que ofrecen las rutinas que no buscan alegría, sino apenas una forma de sostenerse.

Vivía en un apartamento modesto, de esos que contienen más libros que muebles, y más ventanas que certezas. Desde la sala, el parque se abría como un cuadro vivo, y a veces, si el viento era benévolos, traía consigo las risas de los niños que corrían sin saber todavía que la vida, un día, se vuelve otra cosa. Yo los observaba desde el ventanal como quien contempla una escena que se sabe efímera, agradecido de que existiera aún algo tan limpio, tan libre.

Leía las noticias como quien cumple un rito desgastado, desprovisto de fe. Gaza aparecía, una vez más. Gaza seguía allí. Las palabras se repetían con la misma cadencia insoportable: ofensiva, represalia, heridos, misiles, muertos. Las cifras descendían por la pantalla con una frialdad metálica que calaba. Sabía que algo dolía, pero el alma, tantas veces sacudida, había aprendido a endurecerse para no quebrarse.

Yo no era un hombre indiferente. O eso quería creer. Había aprendido, sin embargo, a poner distancia, a protegerme. Tal vez porque el dolor ajeno, cuando se vuelve paisaje, empieza a parecer una ficción remota, una historia que sucede en otro mundo, a otra gente. Y entonces uno mira, asiente, suspira... y sigue desayunando.

Ese día no fue distinto. O al menos, no lo parecía. Mi dedo descendía por la pantalla del teléfono como quien barre polvo sin querer mirar lo que arrastra. La taza de café se enfriaba sobre la mesa, y el cielo comenzaba a despejarse, difuso, más allá del ventanal. Todo estaba en su sitio. Una taza con el asa rota, un libro mal cerrado, una planta que crece sin permiso

El día que soñé con todos ellos

en el alfíizar. Todo parecía igual, salvo algo que, sin saberlo, había comenzado a moverse dentro de mí.

Era martes, creo. O tal vez miércoles. Uno de esos días que no tienen nombre propio. Cerré el periódico digital, apagué la radio y dejé el móvil boca abajo, como quien busca apagar también el ruido del mundo. Caminé por la casa, regué las plantas, respondí algunos correos. Pero había, en el fondo, un leve desplazamiento, casi imperceptible, un movimiento sutil en el subsuelo del alma que, sin tumbarme, ya no me permitía caminar igual.

Yo no lo sabía entonces, pero esa mañana no iba a ser una más. Había en el aire una vibración apenas audible, un preludio sin música. Y aunque la rutina me envolvía con su tibieza conocida, algo en mí, algo antiguo, profundo y hasta entonces dormido, comenzaba, muy lentamente, a despertar.

No fue un sueño, y, sin embargo, lo viví envuelto en una irrealidad serena, como si un velo suave me hubiera apartado del mundo sin arrancarme del todo de él. Mantuve los ojos abiertos, despierto, consciente del lugar en que me hallaba. Y, sin embargo, algo me tomó de la mano y me condujo hacia una imagen que no era mía, pero que sentí como si lo hubiera sido desde siempre. Llegó de forma repentina, silenciosa, limpia, como una brisa que entra por la rendija más estrecha y llena la casa entera de un perfume antiguo, imposible de nombrar.

Vi a un niño entre ruinas. No había techo sobre su cabeza ni paredes que lo protegieran, solo escombros, fragmentos de lo que un día fue un hogar. Entre bloques rotos y maderas astilladas, el niño se sentaba con la espalda recta y los labios apretados, con una determinación callada que ningún adulto podría enseñarle. Tenía el rostro cubierto de polvo, y sobre las rodillas una libreta abierta. En ella escribía con un lápiz sin punta que afilaba contra una piedra. Sus dedos estaban sucios, las uñas quebradas, pero lo que emergía de él tenía una claridad que cortaba la respiración.

No sabía su nombre, pero supe de inmediato quién era: era todos los niños que lo han perdido todo, salvo la palabra. Aquellos que aún creen que nombrar el dolor puede salvar algo, aunque sea por dentro. Su letra era temblorosa, despareja; cada palabra le exigía un esfuerzo, pero no dejaba de escribir, como si supiera que en cada línea se sostenía a sí mismo.

Leí lo que escribía. No con los ojos —porque no había texto ante mí—, sino con esa parte del alma que todavía sabe escuchar lo que no se dice. Decía: “*Si me muero, que alguien diga que*

El día que soñé con todos ellos

yo era de verdad. Que me gustaba jugar al escondite, que odiaba la sopa, que una vez cuidé a un pájaro con el ala rota. Que no me olviden, que no pasen por mi vida creyendo que jamás estuve aquí.”

Lloraba en silencio, con una suavidad que nacía desde lo más hondo. Cada lágrima arrastraba una verdad encendida, algo que hasta entonces había permanecido dormido. Había belleza en lo que vi, una belleza afirmada incluso en medio del derrumbe. Sentí que algo dentro de mí se abría, como una flor que encuentra la luz tras un invierno largo. Desde ese momento supe que aquella imagen me habitaba, encajada en un lugar nuevo, cálido, dispuesto a recordar.

Me quedé con él un largo rato, en esa escena suspendida donde el tiempo parecía haberse detenido. Lo observaba escribir, lo observaba respirar. La luz del atardecer se filtraba entre los huecos del edificio y caía sobre su frente con la delicadeza de una caricia que nombra sin palabras. Todo a su alrededor era ruina, pero en él quedaba algo en pie: una voz, una memoria, una forma de decir que aún estaba vivo.

Cuando regresé, el mundo respiraba igual, pero dentro de mí algo había cambiado. Caminaba con la certeza de que ya no era el mismo. Solo sabía que una grieta se había abierto, y por esa grieta entraba el aire, entraba la vida. Ese niño existía con la fuerza intacta de lo vivido, con la nitidez de lo que deja huella. Su presencia era completa, luminosa, verdadera. Todo lo que sentimos con verdad —todo lo que nos transforma sin pedir permiso— se vuelve parte del mundo, y permanece, incluso cuando nadie más alcanza a nombrarlo.

LO QUE PERMANECE

El día continuó su curso con la misma precisión de siempre, con ese ritmo casi invisible que organiza las horas sin hacer preguntas. Nada parecía haber cambiado en la calle, en los rostros, en el cielo limpio de la mañana, y, sin embargo, cada cosa que tocaba, cada objeto que miraba llevaba consigo un significado distinto. El mundo entero parecía susurrarme algo que aún no alcanzaba a comprender, pero que ya me atravesaba por completo, como atraviesan los sonidos profundos: sin herir, dejando una huella callada en lo más hondo del ser.

Crucé la ciudad sin destino fijo, con la intuición de que el movimiento podía ser una forma de entender lo que aún no tenía nombre. Caminé entre los árboles, observé los rostros que pasaban, sentí en los hombros el sol que apenas calentaba. En cada rincón aparecía una presencia que antes no sabía ver: la ternura silenciosa de una anciano que alimentaba palomas,

El día que soñé con todos ellos

el canto torpe de un niño que no temía desafinar. Todo tenía un sentido quieto; lo importante no era comprender, sino detenerse y mirar.

Fue en ese silencio, en esa recogida sin preguntas, cuando regresó a mí la voz de mi hija. La recordé pequeña, con las rodillas raspadas y esa mirada luminosa que solo los niños tienen cuando creen de verdad que el mundo puede ser distinto.

Aquella tarde, mientras la vida giraba sin urgencia, me había dicho: *“Papá, si ves algo muy triste, no cierres los ojos, porque entonces nadie lo va a ver.”* Y esas palabras, guardadas en mí como una piedra suave en el fondo de un río, comenzaron a ascender con una claridad imposible de ignorar.

Comprendí entonces que la imagen del niño escribiendo entre ruinas formaba ya parte de mí, con la delicadeza de aquello que transforma sin imponer, con la firmeza serena de lo que nace desde lo verdadero. Llegó como todo lo auténtico: sin estruendo, pero con raíz. Se instaló en mí con la suavidad de lo que se asienta sin violencia. No pedía gestos grandiosos ni respuestas inmediatas, solo una atención constante, una fidelidad callada a lo sentido. Porque cuando algo nos toca así, se vuelve un territorio interior, una nueva raíz desde donde mirar el mundo con otros ojos.

Aquella noche llegó con la misma apariencia tranquila de siempre, pero algo dentro de mí intuía que el sueño que se aproximaba no traía descanso, sino una revelación callada. La imagen no surgió de golpe; se fue formando con la lentitud de las cosas verdaderas, y cuando al fin la reconocí, ya caminaba detrás de ella, con la certeza inexplicable de que no era yo quien la soñaba, sino ella quien venía a buscarme desde algún rincón del mundo.

Era una madre.

Avanzaba entre ruinas con la determinación de quien ha aprendido a caminar entre escombros sin dejar de sostener la vida. Sus pies, cubiertos por sandalias gastadas, pisaban un suelo agrietado que aún olía a humo y a miedo, pero su cuerpo se movía con una calma firme, asentada en esa fortaleza que nace cuando el temblor deja de tener espacio. Llevaba a su hijo envuelto en una manta delgada, pegado al pecho, protegido por sus brazos, y en ese contacto ardía la certeza de que su calor era el único refugio posible frente a un mundo roto.

Todo en ella hablaba de dignidad, sin una sola grieta por donde se filtrara la súplica. Sus pasos nacían de una fuerza más antigua que cualquier milagro, una certeza callada que solo conoce el amor: ese que sostiene sin hacer ruido, que avanza incluso en la intemperie, que persiste más allá del cansancio. Le habían dicho que, en una vieja escuela, ahora convertida

El día que soñé con todos ellos

en centro de reparto improvisado, quizá quedara algo de leche en polvo. No le prometieron nada, pero para ella esa posibilidad bastaba. Porque cuando el hambre se aferra al cuerpo de un hijo, una madre convierte todo en movimiento: responde con su cuerpo, se entrega al camino, transforma cada paso en un acto de amor sin condiciones.

El paisaje que la rodeaba era un mapa de ausencias: fachadas abiertas como heridas, juguetes dormidos junto a paredes vencidas, ropas infantiles ondeando en ventanas sin cristales. Cada objeto parecía susurrar una historia interrumpida. Y, aun así, ella avanzaba, con el niño apretado contra el pecho y una melodía sin palabras escapando de sus labios, una música nacida quizás de su propia infancia, o de una memoria más lejana, donde otras mujeres también aprendieron a caminar entre ruinas sostenidas solo por el amor.

Cuando el sueño de la madre comenzó a desvanecerse, sentí que otra figura se acercaba, como una nueva corriente que brota del mismo río. Cambió el paisaje, pero no el temblor.

Era una médica.

Me vi entrar en una sala alargada, con muros agrietados y camillas improvisadas, y en el centro, como un hilo que unía todo lo roto, ella: una mujer joven, vestida con una bata manchada de sangre seca, con el rostro cubierto de cansancio, pero sostenido por una luz que no venía del afuera.

Pertenecía a ese tipo de personas que encuentran sentido en permanecer donde otros eligen marcharse, que se entregan sin escenario, con la sola compañía de su conciencia. Caminaba entre cuerpos vendados con una firmeza serena, guiada por una fidelidad profunda que no necesitaba ser nombrada, solo vivida. Sus manos se movían con la serenidad de quien comprende que toda urgencia merece cuidado y presencia. En cada gesto ofrecía una ternura íntegra, nacida de la decisión de honrar al otro, de sostenerlo desde la dignidad que aún habita incluso en los cuerpos más heridos.

Lavaba heridas con la misma paciencia con la que una madre cepilla el cabello de un hijo dormido, y llevaba en el bolsillo un recorte arrugado de un poema escrito por su hermana, que siempre le recordaba por qué se había quedado. Hablaba poco, pero su presencia completa decía: *“Estoy aquí contigo. No te voy a soltar.”*

El sueño avanzaba con suavidad, y al disiparse la figura de la médica, un nuevo rostro emergió con la claridad serena de quien ha esperado su momento.

Era un anciano.

El día que soñé con todos ellos

El sueño me llevó a un lugar hecho de silencio y de polvo, un espacio donde los muros ya no se alzaban, pero donde cada piedra seguía contando una historia. Vi a un hombre mayor sentado junto a lo que había sido su casa, con las piernas cruzadas y el torso erguido, en una presencia tan firme que parecía devolverle sentido al lugar.

Tenía las manos entrelazadas sobre el regazo, la mirada fija en el horizonte, y una expresión serena que no ocultaba el dolor, pero que tampoco se dejaba arrastrar por él. A su alrededor, el terreno era seco, abierto al viento, lleno de fragmentos que alguna vez fueron techos, ventanas, umbrales. Y, sin embargo, él no veía ruinas: veía la mesa donde su madre preparaba el pan, el rincón donde sus hijos dormían enredados uno con otro, el marco de la puerta donde talló su estatura a los siete años. Recorría con la mirada cada tramo de esa casa que ya no estaba, y en ese recorrido, la hacía presente.

No necesitaba cerrar los ojos, porque la llevaba dentro con una claridad que el tiempo no había desgastado. Hablaba en voz baja, con la misma naturalidad con la que se recuerda un nombre querido. Nombraba las cosas una por una para afirmar que aún vivían en él.

Describía la textura de las paredes, el olor del jazmín en verano, el sonido del agua al caer en la pila. Cada palabra suya era un acto de cuidado, una forma de mantener viva la dignidad de lo vivido, con respeto, con la sobriedad de quien ama sin medida. Su voz tenía el ritmo de los que han aprendido a convivir con la ausencia sin dejar que se vuelva vacío.

Vi cómo se levantaba con lentitud, caminaba hasta el hueco donde alguna vez estuvo la puerta y se detenía allí, de pie, respirando hondo, como quien vuelve a entrar a casa después de una larga jornada. Colocó una mano sobre una piedra suelta y la sostuvo allí un instante, para sentir, con la carne y con la memoria, que aún pertenecía a ese lugar. Y en ese gesto silencioso, supe que todo estaba dicho.

Desperté cuando el cielo todavía se vestía de penumbra, y sentí en el cuerpo una quietud densa, cargada de sentido, nacida de la certeza de que algo verdadero había entrado en mí y comenzaba a quedarse. Sentí el cuerpo entero habitado por los fragmentos de aquellas vidas que me habían visitado durante las noches: el joven con su flor temblando entre los dedos, la madre que caminaba entre ruinas y convertía cada paso en una oración, la médica que curaba sin preguntar nombres, el anciano que reconstruía su casa con las palabras del recuerdo.

No eran sueños dispersos ni visiones sueltas: eran rostros que ya vivían en mí con la intimidad de los que han compartido el dolor sin pedir nada a cambio.

El día que soñé con todos ellos

Comprendí que algo había cambiado para siempre, con la firmeza callada con que cambian las cosas que realmente importan. Ya no podía mirar el mundo como antes, ni ocuparme de mis días con la misma ligereza. Sentía que esas historias me habían tocado desde dentro y me habían dejado un temblor que no dolía, pero que exigía ser escuchado.

Fue entonces cuando empecé a escribir, sin plan, sin estilo, sin propósito. Solo escribía para no olvidar, para honrar la visita de esas vidas que, de algún modo, me habían elegido como testigo.

Lo hacía en silencio, cada noche, como quien enciende una vela en medio de la oscuridad. Escribir se volvió una forma de presencia, un modo de estar con ellos sin interrumpir su verdad. No buscaba comprenderlos, tampoco explicarlos. Me bastaba con sostener su memoria con palabras limpias, precisas, tejidas con la humildad de quien sabe que algunas historias no se inventan: se reciben.

Y a medida que los días pasaban, ya no era solo de noche cuando sentía su cercanía. Durante el día, en medio de la rutina más simple, aparecían como un soplo suave en la nuca, una brizna que me rozaba el pecho, una mirada que cruzaba la mía desde un banco o un escaparate. Entendí que ya no caminaba solo, y que la vida, tal como la había conocido hasta entonces, había dejado de bastarme. Porque había visto, porque había sentido, porque había sido tocado por algo más grande que yo, algo que me pedía una forma distinta de vivir.

Este despertar no lo busqué, pero al recibirllo, entendí que era un regalo: exigente, profundo, silencioso. Porque hay despertares que no vienen con la luz, sino con la profundidad de lo que se ha visto por dentro. Y una vez que se ha abierto esa grieta, uno ya no vuelve a cerrarse. Lo que entró se quedó en mí, como esas melodías suaves que no se olvidan, aunque no sepamos cantarlas.

FRICCIÓN

Durante días, llevé conmigo un murmullo constante, como un zumbido leve que se instala detrás del corazón. Las imágenes que me habían visitado por la noche seguían respirando dentro de mí. No me abandonaban. No pedían nada, pero su sola presencia exigía una respuesta. Yo seguía mi rutina, pero cada gesto llevaba una pregunta escondida, una tensión leve que no encontraba palabras para decirse.

Una tarde, al volver del trabajo, me senté frente a mi hija mientras ella hacía la tarea. Había algo en su manera de concentrarse que me conmovía, una inocencia terca que resistía incluso

El día que soñé con todos ellos

cuando el mundo parecía resquebrajarse. Le pregunté si podía hablarle de algo. Ella levantó la mirada con esa disposición generosa que tienen los niños cuando todavía creen que pueden entenderlo todo.

Le conté, con sencillez, lo que había soñado. No los detalles, no la crudeza, sino lo que habían dejado en mí: el temblor, la ternura, la certeza de que algo muy verdadero me había tocado.

Le hablé del muchacho con su flor, de la madre con su hijo, de la médica y sus manos, del anciano que recordaba su casa. No le pedí opinión. Solo necesitaba decirlo en voz alta, como quien entrega algo que no puede seguir guardando.

Ella me escuchó con atención, asintiendo levemente, pero cuando terminé, solo dijo: *“Papá, eso es muy triste. ¿Y tú qué puedes hacer?”* No lo dijo con reproche, pero en su pregunta había una inocencia tan nítida que, sin querer, se volvió espejo de mis dudas. Era una pregunta honesta, limpia, nacida de su mirada aún sin grietas. Y, sin embargo, me atravesó. No supe qué responder porque ninguna idea me parecía suficiente.

Esa noche intenté repetir la conversación con una amiga cercana. Pensé que, siendo adulta, comprendería mejor lo que me ocurría. Me escuchó con paciencia, con esa mezcla de afecto y cautela que a veces se confunde con atención verdadera. Cuando terminé, dijo: *“Te entiendo... pero no puedes cargar con todo lo que pasa en el mundo. No es sano.”* Lo dijo con cariño, y por eso dolió más. Porque no buscaba herirme, solo calmarme. Pero su respuesta cerraba la puerta justo cuando yo necesitaba que alguien la dejara abierta.

No se trataba de cargar con el mundo. Era más simple y más hondo: había sido tocado, y ya no podía mirar ni vivir igual. Que las palabras, las imágenes, los cuerpos que había soñado ya formaban parte de mí. No pedían redención, solo verdad. Y esa verdad, aunque pequeña, ya no cabía en el silencio habitual.

A partir de entonces, empecé a escribir más seguido. Notas sueltas, fragmentos, frases que brotaban sin orden, pero que de algún modo se ordenaban solas. Lo hacía por las noches, con la lámpara encendida y una taza de té ya fría a mi lado. A veces me temblaba la mano al escribir, no por miedo, sino por respeto. Porque cada palabra parecía tocar un lugar nuevo, un rincón de mi interior que hasta entonces había permanecido en sombra.

Esas palabras no buscaban consuelo. Buscaban sostener, acompañar, dar forma a lo invisible. Y aunque nadie más las leía, sentía que eran necesarias. Nombrar era, en sí mismo, una forma de compartir el peso. No para aliviarlo, sino para decir: aquí estoy, con todo lo que esto me despierta.

El día que soñé con todos ellos

Comencé a buscar respuestas porque necesitaba sostener con conciencia lo que estaba sintiendo. Leí artículos, vi documentales, escuché testimonios. Abrí los ojos a una realidad que siempre había estado ahí, pero que hasta entonces había mantenido a distancia, protegida por la excusa del desconocimiento o la impotencia. Miraba con el corazón expuesto, y en esa mirada, todo se volvía más nítido.

Mientras leía, sentía cómo crecía dentro de mí una inquietud que no era rabia, ni tristeza, ni culpa. Era otra cosa, más honda y difícil de nombrar: la certeza de estar vinculado por algo más simple y poderoso: la humanidad compartida. Aquellos rostros que habían habitado mis sueños no eran símbolos, ni personajes. Eran personas. Y su dolor no me pertenecía, pero me alcanzaba.

Durante una caminata sin rumbo, me detuve en un puente. El agua fluía con lentitud, arrastrando historias que nadie escuchaba. Me quedé allí largo rato, dejando que el aire fresco me envolviera. Me pregunté si tenía derecho a sentir tan intensamente algo que no había vivido en carne propia. Me pregunté si era justo escribir sobre vidas que no eran mías. Lo que encontré fue una forma de respeto: cuidar lo que me había sido revelado.

Entendí que este dolor no me lo habían dado. Nadie me lo impuso. Surgió como brota la compasión cuando uno se permite mirar de verdad. Era un dolor limpio, sin egoísmo, nacido de la escucha. Me sentía tocado, no invadido. Y esa diferencia lo cambiaba todo.

Una mañana, mientras ordenaba papeles, encontré una postal vieja con una frase manuscrita que alguna vez me regaló mi madre. Decía: *“Todo lo que toca tu corazón, te pertenece.”* La leí varias veces, intentando que cada repetición fijara su verdad dentro de mí. Y supe que sí, que tenía derecho a sentir, porque no estaba robando nada. Estaba recibiendo. Y en ese acto de recibir, también estaba compartiendo.

No se trataba de apropiarse del sufrimiento, sino de dejarse conmover por él. De reconocer que aquello que duele en el otro también puede despertarnos. Que el dolor, cuando no se ignora, se convierte en semilla.

Aquel día escribí con más claridad que nunca. No sobre la guerra, ni sobre política, ni siquiera sobre el conflicto. Escribí sobre un niño que sostenía una flor, sobre una mujer que caminaba entre ruinas, sobre un hombre que mantenía viva su casa en la memoria, como si siguiera habitándola. Escribí porque, al hacerlo, sentía que los sostenía un poco como quien no los olvida.

El día que soñé con todos ellos

Los días seguían su curso con la misma apariencia de siempre, pero yo ya no era el mismo. Nada a mi alrededor había cambiado, y, sin embargo, todo era distinto. La ciudad mantenía su ritmo, las voces en la calle repetían las mismas conversaciones, los escaparates ofrecían lo de siempre. Pero en mi interior, el mundo había girado apenas unos grados, lo justo para que el horizonte ya no encajara con el mapa que había usado hasta entonces.

Mis certezas se habían movido. No se quebraron, pero ya no estaban donde solían. Lo que antes me parecía suficiente, ahora me resultaba incompleto. Lo que antes me dejaba tranquilo, ahora me dejaba en silencio. Y ese silencio no era vacío, era un lugar fértil, un espacio donde algo nuevo comenzaba a crecer.

Ya no buscaba respuestas rápidas ni argumentos sólidos. Solo quería comprender cómo se sigue viviendo cuando el alma ha sido tocada por el sufrimiento de otros. No para sufrirlo, sino para acompañarlo desde el lugar que a uno le toca. Sentía que cada paso que daba debía hacerse con más conciencia, por fidelidad a lo que ya sabía. Porque cuando algo verdadero entra en uno, se vuelve brújula. Aunque no marque un camino, sí señala una dirección.

Empecé a mirar el mundo con la mirada renovada de quien descubre lo conocido con atención. Descubrí detalles que antes pasaban desapercibidos: la forma en que una anciana arreglaba sus flores cada mañana, la sonrisa cansada del repartidor, la ternura escondida en los gestos más pequeños. Todo lo que respiraba humanidad me hablaba con más fuerza. Ese temblor interior afinaba mis sentidos, revelándome en los otros aquello que tantas veces se nos escapa por andar con prisa.

Y con cada nuevo gesto, con cada palabra escrita, con cada mirada sostenida, entendía que la vida no se divide entre lo propio y lo ajeno, sino entre lo que uno decide abrazar y lo que elige dejar pasar. Yo ya había abrazado esas historias. Las llevaba conmigo como se lleva algo amado: con cuidado, con humildad, con gratitud.

Aquel viejo mapa que antes me guiaba —hecho de rutinas, de seguridades, de ideas que nunca había cuestionado— ya no me servía. No porque estuviera equivocado, sino porque se había quedado pequeño. Ahora caminaba con otra dirección, más incierta pero más verdadera. Y aunque no sabía a dónde me llevaría, sentía que estaba yendo hacia donde necesitaba estar: un lugar donde el dolor de otros no se evita, se honra; donde la compasión no se reduce a un gesto, se convierte en una forma de vivir.

LA VOZ DEL SILENCIO

Durante días sentí dentro de mí una presión sutil, como el rumor de una corriente subterránea que busca salida. Era una necesidad serena, una certeza que se afirmaba cada vez con más claridad: había llegado el momento de hablar. No para convencer, ni para explicar; era para dar forma a lo que venía creciendo en mí como una raíz nueva.

Me senté frente al ordenador una tarde cualquiera. No tenía un plan, ni un título, ni siquiera una idea clara de a quién me dirigía. Solo sabía que ya no podía guardar para mí lo que había visto, lo que había sentido, lo que me había transformado. Escribir se volvió un acto inevitable, casi físico, como respirar más hondo después de mucho tiempo de contener el aire.

Fui dejando que las palabras aparecieran, sin forzarlas. Hablé de los sueños que me visitaron, de los rostros que ya vivían conmigo, de la compasión que había comenzado a habitar mis días. No adorné nada. No quise causar impacto ni despertar lástima. Solo nombré lo que había pasado en mí desde aquella primera visión del niño que escribía entre escombros.

Cada frase era un acto de fidelidad, una forma de honrar la verdad de quienes, sin saberlo, me habían ofrecido una nueva manera de estar en el mundo. Escribir no era un alivio, era una forma de estar presente. Como quien sostiene una vela encendida en mitad del viento y decide no dejarla apagar.

Cuando terminé, sentí una calma nueva. No era satisfacción ni alivio, era algo más profundo: una sensación de haber hecho lo que debía. Había escrito como alguien atravesado por una verdad que no buscó, pero que eligió acoger. Quizás no podía cambiar lo que sucedía lejos, pero sí cuidar lo que me había sido confiado.

Decidí publicar el texto en un espacio abierto con el deseo de que tal vez alguien, en algún rincón del mundo, pudiera reconocerse en él. Como cuando se lanza una botella al mar, sin saber quién la encontrará, pero con la esperanza de que, al hacerlo, no se sienta tan solo.

Esa noche dormí con la misma paz que se siente cuando uno ha dicho algo verdadero. No gritaba. No exigía. Solo hablaba con la humildad de quien ha comprendido que a veces, lo único que nos queda es compartir lo que arde dentro, para que su luz no se apague en el silencio.

Al principio, no pasó nada. El texto quedó allí, flotando en el espacio silencioso donde habitan las palabras que aún no han sido leídas. No lo compartí más allá de ese gesto inicial.

El día que soñé con todos ellos

Sentía que, si tenía que llegar a alguien, lo haría por sí mismo, como el agua que encuentra su cauce, aunque nadie la dirija.

Pasaron dos días. Una tarde, al abrir el correo, encontré un mensaje. Era breve. Decía: *“Gracias. Me he visto en lo que has escrito. Yo también soñé con un niño que escribía.”* No reconocí el nombre, pero la voz me resultaba cercana, como si despertara una memoria que no había pasado por las palabras.

Después llegaron otros. Un hombre en Argentina que había perdido a su hermano en un atentado y aún llevaba su foto en la cartera. Una mujer en El Líbano que contaba cómo, en medio del caos, alguien le ofreció agua y desde entonces no ha dejado de hacerlo con los demás. Una maestra en Canadá que leía a sus alumnos poemas escritos por niños refugiados. Una joven israelí que también soñaba con Tamar, aunque nunca supo por qué.

Cada mensaje era una hebra que se unía a las otras, y juntas empezaban a tejer algo nuevo. Las historias se entrelazaban sin esfuerzo, en un movimiento que parecía guiado por una búsqueda antigua de encuentro. Algunas llegaban escritas con temblor, otras con voz firme. Todas llevaban en su interior la misma voluntad: la de nombrar lo vivido para compartirlo.

Vi cómo el texto comenzaba a circular. Sin estridencias ni cifras desbordadas. Se movía como el rumor de un río subterráneo, lento pero constante. Iba de una persona a otra, de un corazón despierto a otro por despertar. Y en ese movimiento suave, iba dejando una huella.

No sabía cuántos lo leían, ni me importaba. Sabía que estaba llegando donde debía. Había algo en ese recorrido silencioso que me conmovía más que cualquier reconocimiento: el hecho de que mi voz ya no caminaba sola. Que otros también estaban mirando, sintiendo, recordando. Que no estaba solo en esta forma nueva de estar en el mundo.

Comencé a responder algunos de los mensajes. No con largos discursos, solo con gestos sencillos: un *“gracias por compartirlo”*, un *“te abrazo desde aquí”*. Sentía que cada palabra devolvía un eco, que entre todos íbamos formando una red invisible, tejida con hilos de compasión, de memoria, de cuidado.

La historia ya no era mía. Se había vuelto un río, y en su cauce viajaban muchas voces. Algunas doloridas, otras esperanzadas, todas verdaderas. Y en ese fluir, sentí por primera vez que algo se estaba moviendo más allá de mí: una conciencia compartida, una forma de decir que sí, que aún es posible reconocernos en el otro, aunque no hablemos la misma lengua ni hayamos pisado el mismo suelo.

El día que soñé con todos ellos

Con el paso de los días, comprendí algo que no había previsto: el texto ya no era solo una escritura mía. Se había convertido en un espejo donde otros también se reconocían, en una casa sin llaves donde cualquiera podía entrar y dejar algo de sí. Y cuanto más lo leían, más claro me quedaba que lo que había compartido no era una historia personal, sino un cauce para muchas historias que buscaban ser escuchadas.

Los mensajes seguían llegando. Algunos eran breves, casi un susurro. Otros eran largos, escritos en noches de insomnio o en pausas robadas a la rutina. Me hablaban de sueños, de recuerdos que se habían activado, de dolores antiguos que encontraban en las palabras un sitio donde descansar un momento. Y yo los leía con respeto, como quien sostiene algo frágil entre las manos y sabe que no está allí para cuidarlo.

Un día, alguien escribió: *“No sé cómo llegué a tu texto, pero desde que lo leí, escucho a mi abuela hablar en mí. Ella también caminó entre ruinas.”* Otra persona decía: *“Gracias por no tener respuestas. Gracias por solo mirar, con los ojos abiertos.”* Y en cada uno de esos mensajes había una misma raíz: el deseo de no callar más, de no seguir pasando por alto lo que el corazón ya ha reconocido como verdadero.

Ya no me sentía autor de nada. Era apenas un lugar por donde pasaba algo que nos unía. La voz que había nacido en mí era solo el primer hilo de un tejido mucho mayor, hecho de miles de voces distintas, entrelazadas por una misma fibra: la voluntad de cuidar lo humano.

Había personas que compartían el texto con otros, que lo leían en voz alta en pequeños grupos, que lo traducían a su lengua materna. No buscaban difusión. Buscaban comunión. Una manera de sentir que, incluso en medio del dolor, incluso cuando no hay soluciones, aún podemos estar juntos. Y ese estar, por simple que parezca, era ya un acto de resistencia luminosa.

Miraba todo esto con una mezcla de asombro y gratitud. Porque sin haberlo planeado, sin haberlo buscado, algo se había abierto. Una grieta pequeña por donde comenzaba a entrar la luz. Una luz que no necesita disolver la oscuridad para mostrar lo verdadero, lo tierno.

Comprendí entonces que ya no se trataba de mi voz. Era la de todos. De quienes aún sueñan, aún sostienen, aún escriben porque ya no pueden callarse. Y en ese coro silencioso sentí que algo verdaderamente había comenzado: un latido común, un despertar hecho de miradas que ya no se apartan.

Y en ese coro silencioso, sentí por primera vez que algo realmente había comenzado. No un cambio inmenso, ni un giro rotundo. Algo más hondo: el inicio de una conciencia

El día que soñé con todos ellos

compartida, un latido común, una red de almas despiertas que, en distintos rincones del mundo, comenzaban a decir con su sola presencia: “*Aquí estoy. Yo también veo. Yo también escucho.*”

EL DESENLACE ABIERTO

Esa noche soñé distinto. No hubo ruinas, ni muros derrumbados, ni cuerpos heridos. No había sonidos de guerra, ni pasos apurados, ni sombras al acecho. Lo que apareció fue una playa. Amplia, silenciosa, con el horizonte abierto como una promesa. La luz era suave, dorada, con la inocencia de un sol recién nacido que aún no había tocado el dolor.

En la arena, dos niños corrían. Uno llevaba una cometa azul, el otro una roja. Iban descalzos, con los pies hundiéndose en la orilla, y sus risas tenían el tono claro de lo que todavía no ha sido quebrado. Hablaban lenguas distintas, y aun así se entendían sin esfuerzo, por ese lenguaje antiguo que los adultos a veces olvidamos: el juego, la curiosidad, el asombro compartido.

Uno era israelí. El otro, palestino. No lo supe por sus palabras, sino por los nombres que se gritaban entre ellos. Eitan. Amir. Nombres como ecos de historias larguísima, tejidas con dolor y memoria. Pero en ese sueño, no eran herederos del conflicto. Eran apenas niños. Libres por un rato de las narrativas que los esperan, de los relatos que aún no han vivido pero que ya los nombran.

Se perseguían entre las olas, se empujaban con risa, inventaban juegos con caracoles y ramas. En un momento, uno cayó al suelo y el otro se arrodilló a su lado. Se miraron. Sonrieron. No había miedo en esa caída, solo la certeza de que el otro iba a quedarse. Y lo hizo.

Me desperté con esa imagen intacta que llevaba consigo algo aún más poderoso: la visión de lo posible. Un recuerdo anticipado de lo que tal vez, si aprendemos a mirar distinto, podría llegar a ser.

Volví a mirar el mundo con la lentitud de quien ha comprendido que cada gesto cuenta. El cielo tenía la misma forma, las calles conservaban su ruido, pero algo dentro de mí seguía habitando aquella playa inventada. No porque creyera que ya existía, sino porque ahora sabía que era posible soñarla.

El silencio se había roto. Eso era lo cierto. Ya no podía vivir como antes. Y aunque no sabía qué vendría después, reconocía la transformación. Porque cuando algo verdadero se ha

El día que soñé con todos ellos

dicho, incluso en voz baja, el mundo se reordena. Todo no cambia de golpe, pero algo se pone en marcha. Y ese comienzo, aunque pequeño, tiene el peso de lo que es real.

Las historias que me habitaron siguen aquí. Caminan conmigo. A veces se manifiestan en un gesto leve, en una emoción inesperada, en una pregunta que aún no tiene respuesta. No me abandonan. Me acompañan. Y en ese acompañamiento silencioso, algo en mí se sostiene con más firmeza.

No hay paz aún, lo sé. Las guerras continúan, las injusticias persisten, los muros siguen en pie. Pero también sé esto: cuando alguien se atreve a mirar con el corazón abierto, a escribir lo que duele y lo que espera, cuando alguien rompe el silencio sin estruendo, algo se mueve. Aunque no se vea. Aunque no se sepa. Algo empieza.

Y a veces, eso es todo lo que necesitamos: una grieta por donde entre la luz, un niño que corre en una playa inventada, dos lenguas que ríen sin necesidad de traducirse. Porque si ya somos capaces de soñarlo, entonces quizá también podamos un día vivirlo. Y si ese sueño resiste la vigilia, si permanece cuando abrimos los ojos, entonces ya no será solo un anhelo: será el comienzo de un camino.

Epílogo

Llegar al final no significa cerrar. Es detenerse y contemplar lo vivido con la calma de quien intuye que algo se ha transformado, aunque todavía no sepa nombrarlo.

Cada palabra escrita fue mi manera de cuidar lo que no siempre se ve. Ahora, al haber sido leída, también habita en ti. Y en ese tránsito, se transforma: ya no me pertenece. Se vuelve parte de ese hilo invisible que nos une cuando elegimos mirar y sentir con el corazón despierto.

Tal vez no haya respuestas claras. Pero sí queda esta certeza serena: la de haber compartido un temblor, un gesto, una imagen que aún respira en el interior. Y eso basta. Porque cuando dos almas se rozan, aunque sea en el silencio de unas páginas, algo verdadero comienza a moverse.

Gracias por tu presencia. Gracias por seguir caminando desde ahí.

Derechos de autor

© 2025 Xavier Dueñas

Todos los derechos reservados.

Este texto puede compartirse y circular libremente siempre que se mantenga íntegro, se cite al autor y no se utilice con fines comerciales.

Para usos editoriales, educativos o de adaptación, contactar al autor a través de su página web: <https://xavierduenas.es>